

en testimonios arqueológicos, desde la cultura dolménica hasta la visigoda y árabe. Al cruzar el caserío blanco de Azután, recordamos el señorío de las monjas de San Clemente de Toledo.

Pasado este pueblo, construido de tapiería y adobe, caminamos por una breve llanura, en donde se explotan los lentejones de caliza superficiales, amontonados de trecho en trecho.

Por un puente moderno, salvamos los bravíos escarpes del Huso, próximo a desembocar en el Tajo. En un paisaje granítico, de indudable pintoresquismo, los avisados han visto una antigua vía romana cortada por la carretera que seguimos.

Aldeanueva de Balbarroja, topónimo originado en Val de Arroyo, se nos presenta sobre un cerro, bajando el caserío casi hasta el arroyo de Zarzuela, dominado por la masa ingente de la Iglesia de Santiago, parroquia la más antigua en esta zona el Medievo.

Del Belvís al Puerto del Rey.—Las suaves lomas y cerros cubiertos de olivar, anuncian la proximidad de Belvís de la Jara, capital de la comarca, situado en un valle abierto, en la raña, por el Tamujoso, afluente del Tajo. Con emoción llego a este pueblo, en donde nací.

Tras breve parada, ascendemos nuevamente a la raña formada por canto rodado cuartitoso, cementado con arcillas poco coherentes, materiales todos que se originan en las próximas sierras. Por su carácter deleznable, van siendo trabajados estos grandiosos depósitos por la erosión pluvial que abre y profundiza nuevos valles, rompiendo la monótona línea horizontal de las rañas, por una de las cuales corremos ahora, cubiertas por manchas de verde cereal y abundantes encinas. A nuestra derecha, la masa gris-oscuro de la sierra de La Picaza (de Urraca), Butrera (de buitres); enfrente, las sierras de la Nava de Ricomalillo, topónimo derivado de rincón malo, en donde se advierten escombreras y ruinas de antiguas minas auríferas, localizadas en las duras cuarcitas serranas.

La vegetación se enrarece, los campos de cereales se hacen más pequeños y raquíticos. Estamos en la parte más pobre de La Jara. Cruzamos los caseríos de Gargantilla, Sevillaja, levantada en la ladera de la sierra de su nombre. A toda prisa, de nuevo por planos reñeros, llegamos, pasado El Puerto del Rey, al

Pantano de Cijára.—Al salvar El Puerto del Rey, entramos en la cuenca del Guadiana, para llegar en seguida al Embalse de Cijára, cuyas proximidades se están repoblando para evitar la erosión, muy intensa aquí dado los inclinados perfiles y el deleznable material que integran estas tierras cuarcitosas.

El espectáculo del Embalse es grandioso, más ahora por las abundantes lluvias de este año singular. Sus aguas llegan a su punto máximo y la alta torre de elevación, de ochenta y cuatro metros, asoma unos cinco o seis. Allí quedan, como pardas islas, los cerros, entre ellos el de las Cuatro provincias.

Antes de construir el gigantesco muro de la presa, era éste un país escondido y poco accesible; sin puente, había que utilizar una de las dos barcas de hierro o de madera que por medio de maromas cruzaban la angostura o estrecho formado por las sierras del Azorejo y la Higuera. La presa de Cijára, construida en el lugar que señaló don Eduardo Hernández Pacheco, ha venido a cambiar totalmente el paisaje aledaño. Es la planta recta, estribos en alas, curvas de gravedad de ochenta metros de altura y 300 en la coronación, embalsa 1.670 millones de metros cúbicos y la cola se extiende a lo largo de 45 kilómetros; es un centro

de producción de energía eléctrica y obra fundamental en el curso del Guadiana, que afecta al Plan Badajoz. En un futuro próximo se convertirá en un lugar veraniego, en esta zona carente de ellos.

Por las Villuercas a Guadalupe.—Retrocedemos por una carretera que faldea por el sur de la Sierra de Altamira para tomar la que en continuo zig-zag cruza la comarca de Las Villuercas a través de la sierra del Hospital, llamada así por el que fundara para Asilo de peregrinos Pedro I.

Se advierten labores de repoblación forestal. En el áspero suelo crece el verde madroño, la jara como arbusto y matorral, dominante durante muchos kilómetros. Entre la sierra aludida y la de Palomera corre el Guadarranque, por un territorio asperísimo, monótono, triste y despoblado que forma una cubeta sinclinal. Ya, cerca de Alía, se ven campillos de trigo y abundante encinar. El caserío de este pueblo extendido sobre una loma, rodeado de verdes parcelas, ofrece el espectáculo de sus blancas chimeneas y del Silo, alto, dominante. Algunas manchas de olivar y polígonos frutales completan el paisaje. A través de un campo despoblado y pobre, llegamos a La Puebla de Santa María de Guadalupe; entre cerros se destaca algún chapitel gótico del Monasterio.

Frente a la Hospedería monacal, hacemos alto en un desapacible atardecer. Rápidamente ocupamos las grandes y frías habitaciones encaladas, que recuerdan las de otro monasterio franciscano: la Casa Nova de Jerusalén.

El santuario de España.—De mañana recorremos las pinas calles empedradas, llenas de carácter, del caserío guadalupense. Las cigüeñas sobrevuelan las góticas agujas monacales; los caños fronteros a la gran escalinata de la iglesia arrojan sin cesar las lípidas aguas serranas. Todo aparece teñido de medievalismo, en esta mañana fría y evocadora, hasta esas labores artesanas del cobre o las mujeres que llenan los pesados cántaros de ese metal en la sonora e inagotable fuente. En Guadalupe se ha parado el tiempo.

La iglesia, de un gótico tardío, luce un retablo del Renacimiento con la venerada imagen de Nuestra Señora, en áureo camarín.

Fue en la baja Edad Media y en los comienzos de la Moderna, la imagen más venerada y la más antigua de Castilla primero y después de España y sus Indias. No hay Rey, alto personaje o hecho trascendente de nuestro pasado en los referidos tiempos, que no visitase el famoso Monasterio o tuviese en él su planteamiento. Los peregrinos portugueses eran tan numerosos como los de Castilla. Los Reyes Católicos le visitaron en veintidós ocasiones; en él se bautizaron los indios que trajo Colón en su descubierta del Nuevo Mundo. Fundado por Alfonso XI y regido por la Orden Jerónima, su importancia de toda índole fue en aumento, haciéndose el Monasterio más rico de los comienzos de la Edad Moderna. Rico en obras de arte, en recuerdos históricos, en privilegios, en poder político y económico. Posee en la época dorada de La Mesta más de 45.000 cabezas de lanar.

En él están enterrados María de Aragón y su hijo Enrique IV de Castilla. Anequín Egas labra el sepulcro de los Velasco, localizados en una Capilla lateral. El conjunto de ternos rituales de los siglos XVI al XVIII es posiblemente el más rico de España.

Con la dinastía Borbón decae la importancia de nuestro Monasterio. Después fue sometido a las leyes desamortizadoras, dejándole la comunidad Jerónima. Desde entonces, hasta la custodia de los franciscanos, el Monasterio pasa por una mala época.